

Elecciones en el horizonte

Antonio García Verduch

El problema esencial que tenemos los españoles de hoy es el de asegurar unos modos de convivencia gratos, ampliamente aceptados, estables y duraderos, basados, como es natural, en el respeto mutuo y en la justicia. Deseamos eliminar la crispación, la desconfianza, la pestilencia, el desamparo, y el temor a inesperados sobresaltos.

El sistema democrático está basado en el respeto y consideración a la opinión y a los derechos de todos los ciudadanos y, en consecuencia, en la aceptación de este respeto como elemento fundamental para vertebrar los instrumentos de Gobierno y los modos de convivencia.

Las sociedades que abrazan la democracia como sistema de convivencia, tienen la opción de elegir entre numerosos modelos prácticos y, además, pueden perfeccionar el modelo elegido con los matices e innovaciones que consideren más adecuados para sus necesidades específicas.

La vitalidad de los sistemas democráticos reside en su capacidad de perfeccionamiento y en su agilidad y decisión para evitar anquilosamientos y para huir de las aguas encharcadas y malolientes.

Nuestro sistema actual lleva ya década y media de experimentación, y éste es un periodo suficientemente largo para que se clarifiquen las imágenes, para que caigan las máscaras, para que se archiven los rencores, para que cese la representación, y para que comience una vida normal de laboriosidad, armonía y respeto.

En este denso periodo ha habido ocasión para todo o para casi todo. Ha habido ocasión para ver cómo funcionan o no funcionan los diversos mecanismos que se habían previsto en la configuración original. Ha habido ocasión, también, para comprobar cómo se mueve nuestra clase política cuando actúa con plena espontaneidad, en uso de su legítima libertad.

En este periodo, nuestra clase política se ha sentido libre para actuar, tal cual es, en un holgado marco constitucional. Se ha sentido libre para balancearse de derecha a izquierda y viceversa, para decir, desde decir y contradecir a boca llena, para ponerse cabeza arriba o cabeza abajo, para girar, consensuar y pactar, para homologarse, aliarse, ligarse, alinearse, desligarse, desaliarse, desalinearse e integrarse, según sus personales erupciones de clarividencia.

Nuestra clase política dominante ha llegado, incluso, a liberarse de todos y de todo. Ha llegado, incluso, a liberarse de su propio pueblo, de su pueblo viscoso, para flotar libre, liviana y ondulada, como las pompas de jabón.

Este libre juego de las fuerzas políticas, en general, y el prolongado ejercicio absoluto del poder, en el caso del partido gobernante, ha proporcionado al pueblo una ocasión única para calar hondo en el análisis de las ideologías y de los comportamientos, para ver qué tal se baila en cada patio.

Ha pasado mucho tiempo y han ocurrido muchas cosas. Ahora existe ya información suficiente para poder iniciar serias y fundamentadas reflexiones. Ahora se puede calar hasta el fondo para descubrir el auténtico significado de las atractivas frases que se exhibieron con profusión, para la caza de incautos, durante el furor electoral.

Creemos que ha llegado la ocasión para analizar sosegadamente nuestra experiencia política reciente. El partido en el poder celebra ahora el décimo aniversario de su triunfo electoral, y por ello, muy bien podría tomarse este periodo como base del análisis. Este periodo es suficientemente prolongado para realizar trascendentes acciones de Gobierno y, además, al haber estado en el poder un solo partido, sin interferencias, la obra realizada, para bien o para mal, tiene una sola autoría.

La mejor garantía de estabilidad política reside en el hábito colectivo de analizar y evaluar, como base para la introducción de perfeccionamientos en los modos de convivencia. Para el análisis y la evaluación hace falta serenidad, raciocinio y desapasionamiento, y para la introducción de correcciones, hace falta decisión y firmeza. Ahora estamos en la fase del análisis, y debemos apretarnos a descubrir qué fallos son imputables a personas concretas, a partidos concretos, a poderes concretos, o a estructuras legales concretas. Afortunadamente, aún disponemos de mucho tiempo hasta la celebración de las elecciones, y ese tiempo debemos aprovecharlo, como un tesoro, para ver, para oír, para recordar, para comparar, y para pensar seriamente qué futuro queremos y qué hemos de cambiar para alcanzarlo.

El que no haya empezado a reflexionar, debe empezar a hacerlo ya. Este asunto es demasiado serio para ser considerado atropelladamente en el último minuto, en pleno fragor electoral. No hay que esperar a que los partidos políticos inicien sus campañas electorales, y nos asfixien con cataratas de palabras enronquecidas y nerviosas y nos entontezcan con frases de laboratorio o con sonsonetes rimados. Ahora tenemos la ocasión para reflexionar con serenidad y para tomar, en silencio, nuestras propias decisiones.